

EL ESTADO JUDÍO

PROLOGO

El pensamiento que desarrollo en este escrito es antiquísimo: trátase del restablecimiento del Estado judío

El mundo resuena con el clamor contra los judíos, y esto despierta ese adormecido pensamiento

Ante todo es necesario que se tenga en cuenta, en cada punto de mi exposición, que yo no invento nada. No invento ni la situación de los judíos, que es el resultado del desenvolvimiento histórico, ni los recursos para remediarla. Los elementos materiales para la obra que aquí dejo esbozada existen en la realidad, son tangibles; cualquiera puede convencerse de ello. Si se quiere designar con una palabra este intento de solución del problema judío, ésta no ha de ser "fantasía" sino, a lo sumo, "combinación"

En primer lugar es menester que defienda mi proyecto contra la calificación de utopía. Sólo prevengo, de esta manera, a los críticos superficiales de cometer una necedad. No sería una vergüenza el haber escrito una utopía filantrópica. Yo podría lograr también un éxito literario más fácil, si le diera a este plan la forma, irresponsable, por así decirlo, de una novela para los aficionados a la lectura amena. Pero no se trata de una deleitosa ficción, del estilo de las que se han producido tan abundantemente antes y después de Tomás Moro. Creo, además, que la situación de los judíos en diversos países es lo bastante crítica como para que resulten superfluas toda clase de consideraciones más o menos graciosas puestas a guisa de introducción.

Con el fin de hacer notar la diferencia entre mi construcción y una utopía, elijo un interesante libro de los últimos años: **Freiland** (Territorio libre), del Dr. Theodor Hertzka. Es una fantasía ingeniosa, surgida de un espíritu completamente moderno y compenetrado de las teorías económico-políticas y, por otra parte, tan alejado de la realidad como la montaña ecuatorial en la que está situada aquel Estado imaginario. **Freiland** es una complicada maquinaria con muchos piñones y ruedas que hasta llegan a engranar; pero nada me demuestra que pueda ser puesta en marcha. Y aun cuando yo veía fundarse sociedades **Freiland**, lo tomaría a broma.

El presente esbozo, por el contrario, se basa en la aplicación de una fuerza impulsora existente en la realidad. Indico tan sólo los piñones y las ruedas de la máquina que ha de ser constituida, y lo hago con toda modestia, señalando mi insuficiencia y confiando en que habrá mejores mecánicos que yo que sepan realizar la idea.

El factor decisivo es la fuerza motriz. Ahora bien: ¿de qué nace dicha fuerza? De la miseria en que viven los judíos.

¿Quién se atrevería a negar la existencia de esta fuerza? Nos ocuparemos de ella en el capítulo referente a las causas del antisemitismo.

Se conocía también la fuerza del vapor, que originado en la tetera por la ebullición del agua, levantaba la tapa. Este fenómeno de la tetera es idéntico al que se manifiesta por las tentativas sionistas y otras muchas formas de asociaciones contra el antisemitismo.

Digo, pues, que dicha fuerza, bien empleada, es suficientemente poderosa para impulsar una máquina grande y provocar movimiento de hombres y fortunas. El aspecto de la máquina no tiene la menor importancia.

Estoy profundamente convencido de que tengo razón; no sé si tendré razón durante toda mi vida. Los que inician este movimiento difícilmente verán su glorioso fin. Pero el sólo hecho de haberlo iniciado llena su ser de orgullo y de la dicha de la libertad interior.

Para preservar este esbozo contra la sospecha de que se trata de una mera utopía, seré parco en la exposición. De todas maneras, supongo que los burladores inconsiderados tratarán de restar importancia a todo lo obsequiado aquí, para caricaturizarlo. Un judío, persona muy razonable por lo demás, cuando le expuse el asunto opinó que: "los detalles futuros expuestos como si fueran reales son los que caracterizan la utopía". Lo cual es falso. Todo ministro de hacienda incluye en el cálculo del presupuesto nacional cifras futuras, y no solamente las que deduce del término medio de los años anteriores o de las rentas fiscales de otros Estados en años pasados, sino que hace figurar cifras de las que no existen precedentes, como, por ejemplo, la introducción de un nuevo impuesto. Solamente no habiendo visto nunca un presupuesto se lo puede ignorar. ¿Será considerado como utopía un proyecto de ley de hacienda, si bien se sabe que lo establecido en el presupuesto no puede ser cumplido con todo rigor?

Pero pretendo de los lectores algo más difícil todavía. Exijo a las personas cultas, a quienes me dirijo, que vuelvan a examinar y estudiar muchas viejas opiniones. Pretendo que precisamente los mejores judíos, los que se han esforzado por llegar a una solución del problema judío, consideren sus tentativas hasta el presente como erróneas e ineficaces.

En la exposición de la idea tengo que afrontar un grave peligro. Parecerá que si hablo de las cosas futuras con reservas, es porque yo mismo no creo que sean realizables. Si, por el contrario, anunciara sin reservas su realización, todo aparecería, quizá, como una quimera.

Por eso digo clara y categóricamente: creo en la posibilidad de la realización, sin jactarme, sin embargo, de haberle dado al pensamiento su forma definitiva. El Estado judío es una necesidad universal; por consiguiente surgirá.

Si la empresa fuera acometida por un solo individuo, sería ciertamente una locura; pero con el concurso simultáneo de muchos judíos, ella es perfectamente razonable y su ejecución no presenta obstáculos dignos de mención. La idea depende únicamente del número de sus adictos. Quizás nuestros jóvenes ambiciosos, para quienes ya están cerrados todos los caminos y ante quienes se abre en el Estado judío la risueña perspectiva del honor, de la libertad y de la dicha, se precorren de la difusión de la idea.

Por lo que a mí toca, considero mi misión cumplida con la publicación de este escrito. Solamente tomé

ré la palabra cuando los ataques de dignos adversarios me obliguen a ello, o cuando se trate de refutar objeciones imprevistas o disipar errores

¿No está en lo acertado, hoy por hoy, lo que digo?
¿Me adelanto a mi tiempo? ¿No son bastante grandes

los sufrimientos de los judíos? Lo veremos

Depende, pues, de los mismos judíos el que este proyecto de Estado no sea por ahora más que una novela política. Si la generación actual es aún indiferente, ya vendrá otra, superior y mejor. Los judíos que lo quieran tendrán su Estado y lo merecerán

INTRODUCCION

La incomprensión de problemas económico-políticas, observada frecuentemente hasta en personas que están sumergidas en la vida práctica, es verdaderamente desconcertante. Sólo así se explica que también algunos judíos repitan maquinalmente el estribillo de los antisemitas: hacemos "vida parásita" a costa de otros pueblos, y de no encontrar pueblo al cual vivir adheridos, tendríamos que morirnos de hambre. Este es uno de los puntos en el que se revela el debilitamiento de nuestra conciencia individual, por motivo de acusaciones injustas. ¿Qué quiere decir eso de "vivir a costa ajena"? Tal concepción, si no deriva de la vieja limitación fisiocrática, se funda en el error pueril de creer que en el movimiento de bienes circulan invariablemente las mismas cosas. Ahora bien: nosotros no tenemos que despertarnos, como Rip van Winkle, de un largo sueño para reconocer que el mundo se transforma por la incesante producción de nuevos bienes. En nuestra época, asombrosa por los progresos de orden técnico, aun el más pobre de espíritu ve, a ojos cerrados, surgir nuevos bienes en torno suyo. El espíritu emprendedor los ha creado.

El trabajo realizado sin espíritu de empresa es cosa del estacionario, del primitivo; el ejemplo típico es el del agricultor, que está exactamente en el mismo punto en que estaban hace mil años sus remotos antepasados. Todo bienestar económico ha sido logrado por el espíritu de empresa. Uno casi se avergüenza de escribir semejante trivialidad. Digo, pues, que aun cuando fuéramos exclusivamente hombres de empresa —como se afirma, exagerando de una manera necia—, no tendríamos necesidad de pueblos en quienes "parasitar". No contamos sólo con la circulación de los mismos bienes, puesto que producimos nuevos.

Tenemos esclavos del trabajo de fuerza inaudita, cuya aparición en el mundo civilizado ha sido una competencia mortal para el trabajo manual: son las máquinas. Se necesitan ciertamente trabajadores para poner en movimiento las máquinas; pero para ello tenemos bastantes hombres, tal vez demasiados. Sólo quien no conozca la situación de los judíos en muchos países de la Europa Oriental se atreverá a afirmar que los judíos son ineptos para el trabajo manual o reacios al mismo.

Pero en este escrito no voy a hacer la apología de los judíos. Sería inútil. Todo lo razonable, y también todo lo sentimental, ya ha sido dicho sobre el asunto. No basta, sin embargo, encontrar las razones pertinentes para el entendimiento y el alma; la condición preliminar es que los que oyen sean capaces de comprender: de otro modo sería predicar en desierto. Pero, una vez que los oyentes hayan llegado a tal altura, la prédica resulta superflua. Creo en la ascensión de los hombres hacia grados cada vez más altos de civilización, pero la considero de una lentitud desespe-

rante. Si quisiéramos esperar a que el hombre medio llegara también a abrigar sentimientos humanitarios como los que obraban en Lessing cuando escribía su *Natán el Sabio*, transcurriría en ello nuestra vida y la de nuestros hijos, nietos y bisnietos. Aquí viene en nuestra ayuda el espíritu universal por otra vía.

Este siglo nos ha traído un magnífico renacimiento con las conquistas de orden técnico. Pero este fantástico progreso aún no ha sido aplicado en beneficio de la humanidad. Las distancias de la superficie terrestre han sido vencidas, y, sin embargo, seguimos atormentados con los sufrimientos de la estrechez. Rápidamente y sin peligro navegamos ahora en gigantescos barcos por mares antes desconocidos. Conducimos ferrocarriles seguros a lo alto de las montañas, a las que en otros tiempos subíamos temerosos a pie. Lo que acontece en países que no habían sido aún descubiertos cuando Europa recluía a los judíos en ghettos, lo llegamos a saber a las pocas horas. Por eso mismo la miseria en que viven los judíos es un anacronismo, y no porque hubo ya hace cien años una Edad de Iluminismo, que en realidad existió solamente para los espíritus más distinguidos.

Creo que la luz eléctrica no ha sido inventada de ninguna manera para que algunos snobs iluminen sus lujosas habitaciones sino para que nos alumbré en nuestras reuniones consagradas a la solución de los problemas de la humanidad. Uno de éstos, y no el menos importante, es el problema judío. Resolviéndolo no trabajamos tan sólo para nosotros mismos, sino también en favor de otros muchos míseros y oprimidos.

El problema judío existe. Sería necio negarlo. Es un residuo de la Edad Media, del cual los pueblos civilizados, con la mejor voluntad, no saben deshacerse aún. Mostraron, ciertamente, su magnanimidad cuando nos emanciparon. El problema judío existe en todas partes en que los judíos viven en número apreciable. Allá donde no existe, es traído por los judíos inmigrados. Nos dirigimos, naturalmente, hacia donde no nos persiguen; nuestra aparición provoca las persecuciones. Esto es cierto y seguirá siéndolo en todas partes, hasta en países muy adelantados —como queda demostrado en Francia—, mientras el problema judío no sea resuelto por medios políticos. Los judíos pobres llevan ahora el antisemitismo a Inglaterra, y lo han llevado ya a América.

Creo comprender el antisemitismo, que es un movimiento muy complejo. Contemplo este movimiento como judío, pero sin odio ni miedo. Creo poder discernir: cuanto en él hay de burda comedia, de ruina envidia profesional, de prejuicio hereditario, de intolerancia religiosa, pero también lo que hay de supuesta auto-defensa. Considero que la cuestión judía no es una cuestión social ni religiosa, aunque ella muestre estos y

otros tintes. Es una cuestión nacional, y para resolverla debemos hacer de ella un problema de política internacional, que ha de ser liquidado en el consejo de las naciones civilizadas.

Somos un pueblo, sí, uno solo

En todas partes hemos tratado sinceramente de fundirnos en la comunidad del pueblo en cuyo seno vivimos, conservando tan sólo la fe de nuestros padres. No se nos permite hacerlo. En vano somos patriotas, y en algunos países hasta patrioteros; en vano sacrificamos vida y hacienda al igual que nuestros conciudadanos; en vano nos afanamos por aumentar la gloria de nuestras patrias en las artes y en las ciencias, y su riqueza con el comercio. En nuestras patrias, donde nosotros también vivimos ya desde hace siglos, somos tachados de extranjeros; a menudo por aquellos cuyas familias aún no habitaban en el país cuando nuestros antepasados ya sufrían allí. La mayoría puede decidir quién es y quién no es extranjero en un país: es cuestión de poder, como lo es todo en las relaciones entre los pueblos. En diciendo esto bajo mi responsabilidad personal, no renuncio en absoluto a nuestro derecho adquirido por "usucapion". Pero contra la fuerza no hay derecho en el mundo, tal como éste es hoy y será aún por muchísimo tiempo. Por eso, fué inútil que fuéramos patriotas en todas partes, como los hugonotes, a los que se obligó a ir de un país a otro. Si nos dejaran en paz.

Pero creo que no se nos dejará en paz.

No podemos ser aniquilados por la opresión y las persecuciones. Ningún pueblo de la historia ha soportado luchas y sufrimientos como el nuestro. Acosándonos, sólo han conseguido que desertaran los débiles que había entre nosotros. Los judíos fuertes retornan orgullosos a su pueblo cuando estallan las persecuciones. Tal situación se pudo observar muy bien en la época subsiguiente a la emancipación. Los judíos más cultos y acaudalados perdieron todo sentimiento de solidaridad para con sus hermanos. Si el bienestar político dura algún tiempo, nos asimilamos en todas partes; me parece que esto no ha de calificarse de poco honroso. Por eso, un hombre de estado que deseara la mezcla de la sangre judía para su nación, tendría que preocuparse de nuestro permanente bienestar político. Y esto ni siquiera un Bismarck puede lograrlo.

Porque en el alma del pueblo están arraigados profundamente los viejos prejuicios contra nosotros. Quien quiera darse cuenta de ello no tiene más que prestar atención a aquello en que el pueblo se expresa sincera y sencillamente: el cuento de hadas y el proverbio son antisemitas. El vulgo es en todas partes un niño grande, que, naturalmente, puede ser educado. Pero esta educación requeriría, en el caso más favorable, tanto tiempo que, como ya he dicho, mucho antes habríamos podido ayudarnos de otra manera.

La asimilación, bajo la cual comprendo no solamente ciertos elementos exteriores del vestir, de las costumbres, de los hábitos y del idioma, sino la igualación paulatina de los sentimientos y de la manera de ser; la asimilación de los judíos no podría ser lograda en todas partes sino por el matrimonio mixto. Pero éste tendría que ser sentido como una necesidad por la mayoría; no basta de ninguna manera declarar que el matrimonio mixto está permitido por la ley. Los liberales húngaros que así han hecho recientemente están en un grave error. Este matrimonio mixto, instituido

doctrinariamente, fué bien ilustrado por uno de los primeros casos; un judío converso se casó con una judía. Pero las discusiones acerca de la actual forma de contraer matrimonio han agravado mucho las diferencias entre cristianos y judíos en Hungría y, por ende, han perjudicado más que favorecido la mezcla de las razas. El que desea la extinción de los judíos por la mezcla, no puede ver para ello más que una posibilidad: los judíos tendrían que alcanzar tal poder económico que fuera eliminado el viejo prejuicio social. Esto queda demostrado con el ejemplo de la aristocracia, en la que proporcionalmente son más frecuentes los matrimonios mixtos. La vieja nobleza se deja dorar de nuevo con el dinero de los judíos, y de esta manera algunas familias judías llegan a ser absorbidas. Pero, ¿qué forma adoptaría este fenómeno en las clases medias, donde el problema judío reviste mayor gravedad, dado que los judíos son un pueblo formado por clases medias? Entonces la obtención del poder económico, que es la condición previa, equivaldría a la autocracia económica de los judíos, que ya ahora es afirmada falazmente. Y si ya el poder de los judíos provoca tales gritos de alarma y de furor, ¿a qué explosiones no daría lugar el acrecentamiento ulterior de dicho poder! Creo que es imposible llegar siquiera al primer grado de tal reabsorción; pues ello implicaría el sometimiento de la mayoría por una minoría que, además de ser despreciada hasta hace poco, no dispone del aparato bélico ni del administrativo. Por eso considero inverosímil que la reabsorción de los judíos se realice por medio del bienestar económico. En los países donde actualmente hay antisemitismo, dirán que tengo razón. En los otros, en los que los judíos se hallan momentáneamente bien, mis hermanos de raza combatirán, probablemente, mis aserciones con suma violencia. Me creerán sólo cuando sean acosados nuevamente por los antisemitas. Y cuanto más se haga esperar el antisemitismo, tanto mayor será el furor con que ha de estallar. La infiltración de los judíos inmigrantes, atraídos por una aparente seguridad, así como el ascenso de nivel en las clases de los judíos autóctonos, son los dos factores que entran poderosamente en juego para precipitar el desenlace fatal. Nada hay más sencillo que esta conclusión.

Pero el haber arribado a ello serenamente, ateniéndome a la desnuda verdad, me valdría, como es de prever, la oposición y el odio de los judíos cuya situación es favorable. Si sólo se tratara de intereses privados, cuyos representantes, por estupidez o cobardía, se sintieran amenazados, se podría pasar por alto el asunto con una sonrisa despectiva, puesto que son más importantes los intereses de los pobres y de los oprimidos. No quiere sin embargo, que se me interprete mal, especialmente en el sentido de que si algún día este plan se realizara, los judíos acomodados perderían lo suyo. Por eso voy a dar una exposición circunstanciada de lo que concierne al derecho patrimonial. Por otra parte, si la idea no sale del terreno de la literatura, todo queda en la misma situación que antes.

Más grave sería la objeción de que yo apoyo a los antisemitas llamándonos un pueblo, un pueblo unido, y que impido la asimilación de los judíos donde ésta se está realizando, y que comprometo la misma donde ya se ha realizado, si es que yo, en mi condición de escritor modesto, puedo impedir o comprometer alguna cosa.

Esta objeción se me hará sobre todo en Francia. La espero también de otras partes; pero sólo voy a constatar de antemano a los judíos franceses, porque ellos ofrecen el ejemplo más instructivo.

Por mucho que yo venero la personalidad, la fuerte personalidad individual del hombre de estado, del inventor, del artista, del filósofo o del estratega, o bien la personalidad colectiva de un grupo histórico de hombres, al que llamamos pueblo; por mucho que yo venero la personalidad, no lamento, sin embargo, su desaparición. El que pueda, quiera y deba perecer, ha de extinguirse. La personalidad del pueblo judío no puede, ni quiere, ni debe desaparecer. No puede, porque los enemigos exteriores la mantienen unida. Que no quiere, lo ha demostrado durante dos mil años de indecibles sufrimientos. Que no debe, trato de ponerlo de manifiesto en este escrito, después de muchos otros judíos que nunca abandonaron toda esperanza. Ramas enteras del judaísmo pueden morir y separarse del tronco; éste, empero, sigue viviendo.

Pues bien: si todos o algunos judíos franceses protestaran contra este esbozo, porque ya se han "asimilado", mi respuesta sería sencillamente ésta: El asunto no les afecta. Ellos son franceses israelitas: ¡perfecto! Pero esto es un problema interno de los judíos.

Así, pues, el movimiento tendiente a la formación de un Estado, que yo propongo, no perjudicaría a los franceses israelitas, ni menos a los asimilados de otros países. Antes al contrario, les favorecería, sí, les favorecería. Pues no serían estorbados ya en el desempeño de su "función cromática", como diría Darwin. Podrían asimilarse tranquilamente, ya que el actual movimiento antisemita sería detenido para siempre. Incluso se les creería que están asimilados hasta lo más recóndito del alma, si, a pesar de la existencia del Estado judío con sus instituciones superiores, ellos permanecieran donde viven actualmente.

Los judíos asimilados se beneficiarían más que los ciudadanos cristianos con el alejamiento de los judíos fieles a su raza. Pues los asimilados quedarían liberados de la competencia molesta, incalculable e inevitable, del proletariado judío, que es arrojado de país a país, de lugar a lugar, por la presión política y la necesidad económica. Este proletariado fluctuante llegaría a tener morada fija y definitiva. Actualmente, algunos ciudadanos cristianos, a quienes se da el nombre de antisemitas, bien pueden oponerse a la inmigración de judíos extranjeros. Los ciudadanos judíos no pueden hacerlo, aunque para ellos la situación es mucho más grave, pues tienen que hacer frente a la emulación de individuos de sus mismas condiciones económicas y que, además, introducen el antisemitismo o agravan el ya existente. Es una pena secreta de los asimilados, que se alivia por medio de instituciones de "beneficencia". Ellos fundan sociedades de emigración para judíos inmigrantes. Este fenómeno entraña un contrasentido, que podría resultar cómico, si no se tratara de gentes desdichadas. Algunas de estas sociedades de protección no desarrollan sus actividades en favor sino en contra de los judíos perseguidos: los pobres hombres han de alejarse lo más pronto y lo más lejos posible. Tanto es así que, observando atentamente, se descubre que muchos aparentes amigos de los judíos no son sino antisemitas de origen judío, disfrazados de bienhechores.

Pero hasta los ensayos de colonización realizados

por hombres realmente bien intencionados no han dado resultado, aunque cabe reconocer que eran ensayos interesantes. No creo que ninguno de esos hombres haya considerado tales ensayos como una especie de deporte, haciendo correr a los pobres judíos de la misma manera que se hacen carreras de caballos. El asunto es demasiado serio y demasiado triste. Aquellos ensayos fueron interesantes en cuanto eran en pequeño los precursores prácticos de la idea del Estado judío. Y hasta fueron útiles por cuanto se cometieron en ellos errores de los que se puede aprovechar para la realización en grande. Por otra parte, esas tentativas no resultaron del todo inocuas. La trasplatación del antisemitismo a nuevas regiones, que es la consecuencia inevitable de tal infiltración artificial, la considero como el perjuicio menos importante. Lo peor es que los malos resultados hayan ocasionado dudas en los judíos mismos sobre la aptitud de su material humano. A los sensatos se les podrá disipar estas dudas con la siguiente argumentación sencilla: lo que en pequeño es inconveniente o irrealizable, no tiene por qué serlo en grande. Una pequeña empresa puede resultar mal negocio en las mismas condiciones en que otra grande produzca una buena utilidad. Un arroyo no es navegable ni siquiera con canoas: el río en el que aquél desemboca lleva magníficos barcos de hierro.

Nadie es lo bastante fuerte o lo bastante rico para transportar un pueblo de una residencia a otra. Esto puede hacerlo solamente una idea. Parece que la idea de Estado posee esta virtud. Los judíos no han cesado de soñar, a través de toda la noche de su historia, este divino sueño: "¡El año que viene, en Jerusalén!"; son nuestras palabras tradicionales. Ahora se trata de mostrar que el sueño puede transformarse en una idea clara como el día.

Con tal fin, hay que hacer, ante todo, tabla rasa con muchos conceptos viejos, anticuados, confusos y estrechos. Así, por ejemplo, los cerebros poco esclarecidos creerán que la migración tiene que salir de la civilización para internarse en el desierto. ¡No, en absoluto! La migración se realiza en medio de la cultura. No se baja a un grado inferior, sino que se sube a otro superior. No nos instalaremos en chozas de barro sino en casas más hermosas y más modernas, que construiremos nosotros mismos y que poseeremos sin correr ningún riesgo. No se pierden los bienes adquiridos, sino que se los utiliza. No se renuncia a un derecho sino a cambio de otro más amplio. No abandonaremos nuestras costumbres, sino que volveremos a encontrarlas. No se sale de la casa vieja antes que la nueva esté lista. Emigran solamente aquellos que tienen la certeza de mejorar de esta manera su posición. Primero, los desesperados; luego, los pobres; más tarde, los acomodados; y por último los ricos. Los que se fueron primero se elevan a la clase superior hasta que esta última empieza a enviar a sus gentes. Así, pues, la emigración es al mismo tiempo un movimiento ascendente de clases.

Después del éxodo de los judíos, no hay dificultades económicas ni crisis ni persecuciones, sino que comienza un período de prosperidad para los países abandonados. Se inicia un movimiento interno de los ciudadanos cristianos hacia las posiciones abandonadas por los judíos. La emigración se realiza gradualmente, sin perturbaciones, y ya su comienzo significa el fin del antisemitismo. Los judíos se despiden como ami-

gos respetados, y cuando algunos vuelvan más tarde, se les recibirá y tratará en los países civilizados con tanta benevolencia como a otros extranjeros cualesquiera. Tal emigración no es una huida, sino una marcha en orden y bajo la supervisión de la opinión pública. El movimiento no sólo ha de iniciarse con medios estrictamente legales, sino que el único modo de realizarlo es en amistosa colaboración con los gobiernos interesados, que saldrán grandemente beneficiados.

Para la pureza de la idea y la pujanza de su realización, son necesarias garantías que se pueden encontrar solamente en las llamadas personas "morales" o "jurídicas". Cabe distinguir bien estos dos términos que en el lenguaje jurídico son confundidos con bastante frecuencia. Como **persona moral**, es decir, un ser jurídico que goza de derechos fuera de la esfera de la fortuna privada, propongo a la **Society of Jews**. Al lado de ésta, está la **persona jurídica** de la **Jewish Company**, que es una **institución financiera**.

El individuo que dejara traslucir tan sólo la intención de emprender semejante obra gigantesca, podría parecer o un embaucador o un demente. El carácter intachable de la persona moral lo garantiza el carácter de sus miembros. El poder suficiente de la persona jurídica queda demostrado por su capital.

* * *

Con las advertencias precedentes he intentado tan sólo rechazar la primera multitud de objeciones que las solas palabras "Estado judío" han de provocar. De aquí en adelante nos explicaremos con serenidad, combatiendo otras objeciones y exponiendo más detalladamente muchas cosas que sólo hemos insinuado; aun-

que en la medida de lo posible evitaremos la pesadez, en beneficio del escrito mismo que ha de circular por el mundo. Para alcanzar tal fin lo mejor son, ciertamente breves capítulos aforísticos.

Si quiero levantar un edificio nuevo en lugar de uno viejo, tengo primero que demoler y después construir. Me atenderé, pues a este orden razonable. Primeramente, en la parte general, han de ser aclarados los conceptos, desechadas cantidad de viejas y vagas nociones, sentadas las condiciones previas en los órdenes políticos y económico-político, y desarrollado el plan.

En la parte especial, que se divide en tres capítulos, ha de ser expuesta la realización. Los tres capítulos son: **Jewish Company**, Grupos locales y **Society of Jews**. La **Society** debe fundarse primero, y la **Company** por último; pero en el esbozo será conveniente invertir el orden, porque acerca de la posibilidad de ejecución financiera surgirán las mayores dudas, las que, naturalmente, han de ser disipadas ante todo.

En el epílogo se libraré el último combate contra las restantes objeciones probables. Ruego a los lectores judíos que me sigan, pacientemente, hasta el final. En muchos surgirán las objeciones en un orden diferente del que yo he elegido para las refutaciones. Pero aquellos cuyas dudas sean desvanecidas por medio de argumentos lógicos deben abrazar nuestra causa.

Al apelar a la razón, sé muy bien que la razón sola no basta. Los viejos prisioneros no salen de buena gana de los calabozos. Veremos si la juventud, que necesitamos, está a la altura de su misión; la juventud que arrastra consigo a los viejos, sacándolos en andas, transformando en entusiasmo los argumentos lógicos.

II

PARTE GENERAL

EL PROBLEMA JUDIO

Nadie negará la miseria en que viven los judíos. En todos los países donde se encuentran en número apreciable sufren persecuciones de carácter más o menos violento. La igualdad de derechos, aunque está garantizada por las leyes, en realidad ha sido abolida por doquiera en perjuicio de los judíos. Ya no les son asequibles ni siquiera los cargos de mediana importancia en el ejército ni en las instituciones públicas o privadas. Se trata de suplantarlos en la vida comercial: "¡No compréis en casas de judíos!"

Las agresiones en parlamentos, reuniones, prensa, púlpitos, en la calle, en los viajes —imposibilidad de alojarse en ciertos hoteles— y hasta en lugares de diversión, aumentan de día en día. Las persecuciones tienen carácter vario, según los países y las capas sociales. En Rusia saquean las aldeas judías, en Rumania matan a unos cuantos hombres, en Alemania se les apalea ocasionalmente, en Austria los antisemitas siembran el terror en todos los sectores de la vida pública, en Argelia surgen predicadores ambulantes que azuzan contra los judíos, y en París la llamada buena sociedad se va distanciando y los **cercles** se cierran ante los judíos. Hay una infinidad de matices. Pero no in-

tentamos aquí hacer una quejumbrosa enumeración de todas las penas judías. No nos detendremos en detalles, por más aflictivos que sean.

No es mi propósito mover a nadie a compadecerse de nosotros. Todo esto es vano, inútil e indigno. Me limito a dirigir a los judíos las siguientes preguntas: ¿No es cierto que la situación de los abogados, médicos, técnicos, maestros y empleados judíos de cualquier categoría se hace cada vez más insoportable? ¿No es cierto que toda la clase media judía se halla terriblemente amenazada? ¿No es cierto que todas las pasiones del populacho son incitadas contra los ricos que hay entre nosotros? ¿No es cierto que nuestros pobres sufren mucho más que todos los demás proletarios?

Yo creo que la presión existe en todas partes. A los judíos pudientes les causa cierto malestar. En la clase media, se la siente como una grave y sorda angustia. En las capas inferiores, produce profunda desesperación.

El hecho es que esa presión tiene en todas partes una misma finalidad, que puede resumirse en el clásico grito de los berlineses: "¡Afuera los judíos!"

Formularé el problema judío en los términos más

concisos: ¿Tenemos que irnos ahora mismo?, y ¿a dónde?

¿O nos podemos quedar todavía?, y ¿por cuánto tiempo?

Contestemos primero a la pregunta de si podemos quedarnos todavía. Podemos, en la esperanza de tiempos mejores, armarnos de paciencia y, resignados a la voluntad de Dios, esperar a que los gobernantes y pueblos de la tierra se tornen más benévolos para con nosotros? Digo que no podemos aguardar ningún cambio en la corriente de opiniones. ¿Por qué? Los gobernantes, aun cuando estuviéramos tan cerca de su corazón como los demás ciudadanos, no podrían protegerlos. Si mostraran "demasiada" benevolencia a los judíos, sólo contribuirían a que arreciara el antisemitismo. Y este "demasiado", en este caso, sería menos de lo que natural y justamente puede reclamar cualquier otro ciudadano cualquier grupo integrante de una nación. Todos los pueblos entre quienes viven los judíos son, sin excepción, antisemitas, vergonzantes o desvergonzados.

El vulgo carece de comprensión para el desenvolvimiento histórico, y no puede tenerla. No sabe que los pecados de la Edad Media están siendo purgados, actualmente, en los pueblos europeos. Somos lo que de nosotros se hizo en los ghettos. Hemos logrado, sin duda, cierta superioridad en los negocios financieros, debido a que en la Edad Media se nos empujó a ello. *Ahora se repite el mismo proceso.* Excluyéndonos de todas las demás profesiones, se nos obliga de nuevo a dedicarnos a las operaciones financieras, que modernamente se llaman Bolsa. Pero con nuestra entrada a la Bolsa, se abre para nosotros una nueva fuente de desprecio. A esto se añade que producimos, sin cesar, intelectuales medios, para quienes no hay salida y que por eso constituyen un peligro idéntico al de las fortunas crecientes. Los judíos cultos y sin bienes se adhieren todos al socialismo. La batalla social será librada en todo caso sobre nuestras espaldas, porque nos hallamos en los puntos más avanzados, tanto en el campo capitalista como en el socialista.

DE COMO SE HA TRATADO HASTA AHORA DE RESOLVER EL PROBLEMA

Los medios artificiales que se han empleado hasta ahora para sacar a los judíos de su situación aflitiva fueron o mezquinos —como en el caso de las distintas colonizaciones—, o concebidos erróneamente, como las tentativas de hacer de los judíos agricultores en sus patrias actuales.

¿Qué se consigue con llevar unos miles de judíos a otra parte? O prosperan, y entonces el antisemitismo aumenta proporcionalmente a su fortuna, o sucumben inmediatamente. Ya nos hemos ocupado más arriba de los procedimientos ensayados hasta ahora para desviar a los judíos hacia otros países. La desviación es en todo caso insuficiente e inútil, cuando no contraproducente. Se dilata de esta manera la solución, se la posterga y quizá hasta se la dificulte.

Pero el que quiera hacer de los judíos agricultores está en un error muy craso. El agricultor es una categoría histórica, y esto se aprecia mejor en su manera de vestir, la que en la mayoría de los países no ha variado desde hace siglos, así como en sus aperos, que son exactamente los mismos que en los tiempos de sus

remotos antepasados. Labra con el mismo arado, siembra sacando el grano del delantal, siega con la guadaña histórica y trilla con el trillo. Mas sabemos que ahora hay máquinas para todas esas faenas. También el problema agrario es solamente cuestión de maquinaria. América tiene que vencer a Europa, así como los latifundistas aniquilan a los cortijeros. El campesino es, pues, una figura condenada a desaparecer. Si se conserva al agricultor artificialmente, ello se debe a los intereses políticos a que él tiene que servir. Es un imposible y sería una necedad querer hacer campesinos nuevos según la receta antigua. Nadie es lo bastante rico ni lo bastante poderoso como para hacer retroceder la cultura. Ya la conservación de ciertas formas de cultura anticuadas es una tarea tremenda, para cuya realización son insuficientes todos los recursos, aun los de un Estado regido según principios autocráticos.

¿Se pretende, acaso, del intelectual judío que se vuelva agricultor a la antigua? Sería exactamente lo mismo que decirle al judío: "¡Ahí tienes una ballesta: vé a la guerra!" ¿Cómo? ¿Con una ballesta, cuando los otros disponen de armas de pequeño calibre y de cañones de Krupp? Los judíos a quienes se intenta transformar en campesinos tienen mucha razón en no moverse de su hogar bajo tales circunstancias. La ballesta es un arma hermosa, que me pone melancólico cuando tengo tiempo para tales sentimientos. Pero mejor se la guarda en los museos de antigüedades.

Hay, por otra parte, regiones donde los judíos desesperados van, o quieren ir, a vivir al campo. Y he aquí que precisamente en estas regiones —como el enclavado de Hesse, en Alemania, y algunas provincias de Rusia— se encuentran los principales semilleros del antisemitismo.

Es que los reformadores del mundo que envían a los judíos a labrar la tierra, pasan por alto a una persona muy importante y que está particularmente interesada en el asunto: el agricultor. El campesino también tiene mucha razón. Las contribuciones, los peligros que amenazan a la cosecha, la presión por parte de los latifundistas, que trabajan más barato, y, sobre todo, la competencia americana le amargan bastante la vida. Además, los impuestos sobre la importación de cereales no pueden ser aumentados infinitamente. Y no se puede dejar morir de hambre a los obreros de fábrica, sino que, por el contrario, es menester guardarles cada vez más consideración, ya que su influencia política aumenta por momentos.

Todas estas dificultades son bien conocidas y las menciono solamente de paso. Mi único propósito es el de señalar el poco valor que han tenido las tentativas hechas hasta ahora para resolver el problema, tentativas realizadas a conciencia y, en la mayoría de los casos, con intenciones dignas de encomio. Pero no sirve ni la desviación ni el descenso artificial del nivel de intelectualidad de nuestro proletariado. Ya hemos discutido el remedio milagroso de la asimilación.

Así no será eliminado el antisemitismo. No puede ser eliminado mientras no lo sean sus causas. Pero ¿se puede, en verdad suprimirlas?

LAS CAUSAS DEL ANTISEMITISMO

No hablaremos ya de las causas sentimentales, prejuicios arraigados y estupideces, sino de las causas políticas y económicas. No hay que confundir el anti-

semitismo de hoy con el odio religioso que se tenía a los judíos en tiempos pasados, aunque el odio a los judíos tenga aún hoy en ciertos países un tinte religioso. Es muy distinta la tendencia principal del movimiento antisemita moderno. En los países donde reina el antisemitismo, éste es consecuencia de la emancipación de los judíos. Cuando los pueblos civilizados se dieron cuenta de lo inhumano de las leyes de excepción, nos pusieron en libertad; pero la liberación vino tarde. Ya no era posible emanciparnos legalmente en donde habíamos residido hasta entonces. En el ghetto, cosa extraña, habíamos llegado a ser un pueblo formado por individuos de la clase media, y salimos de aquél obligados a hacer una terrible competencia a la clase media. De suerte que, poco después de la emancipación, nos encontramos de repente en el círculo de la burguesía, teniendo que soportar una doble presión, interna y externa. La burguesía cristiana no pondría, ciertamente, reparos en inmolarnos en aras del socialismo; pero esto tampoco remediaría la situación.

Sin embargo, ya no se puede anular la igualdad de los judíos ante la ley donde ésta existe. No solamente porque ello sería contrario a la conciencia moderna, sino también porque empujaría a todos los judíos, ricos y pobres, hacia los partidos subversivos. En realidad, todos los medios empleados contra nosotros son ineficaces. En épocas pasadas, se les quitaba a los judíos sus joyas. ¿Cómo se incautarían hoy día de los bienes muebles? Estos se hallan depositados, en forma de papeles impresos, en alguna parte del mundo, tal vez en poder de los cristianos. Ciertamente se pueden gravar con impuestos las acciones y obligaciones de ferrocarriles, bancos y empresas industriales de toda clase, y donde se cobran impuestos progresivos sobre la renta es posible echar mano de todo el conjunto de bienes muebles. Pero todas estas tentativas no pueden ser dirigidas exclusivamente contra los judíos, y donde, a pesar de ello, se llega a adoptar tales medidas, surgen inmediatamente graves crisis económicas, de cuyos efectos no se resienten, en ningún caso, solamente los judíos, si bien éstos son los primeros en ser perjudicados. Debido a esta imposibilidad de emprender acción decisiva contra los judíos, va aumentando y cebándose el odio. En las poblaciones aumenta el antisemitismo de día en día, de hora en hora, y tiene que seguir aumentando porque las causas siguen existiendo y no pueden ser eliminadas. La causa remota es la pérdida sufrida en la Edad Media, de nuestra capacidad de asimilación; la causa próxima es la superproducción de intelectuales medios, que no encuentran salida abajo y tampoco pueden elevarse sobre su nivel, es decir, que no hay salida ni ascenso normales. Los componentes

de nuestras capas inferiores se vuelven proletarios, se afilian a los partidos subversivos y llegan a ser los funcionarios del dinero en nuestras capas superiores.

EFFECTOS DEL ANTISEMITISMO

La presión ejercida sobre nosotros no nos hace mejores. No somos diferentes de los demás hombres. Es cierto que no amamos a nuestros enemigos. Pero sólo quien es capaz de dominarse a sí mismo tiene el derecho de reprochárnoslo. La presión provoca en nosotros, naturalmente, sentimientos de hostilidad contra nuestros opresores y nuestra hostilidad aumenta, a su vez, la presión. Es imposible salir de este círculo vicioso.

"¡Y sin embargo es posible!" "Eso se puede conseguir infundiendo a los hombres sentimientos de bondad."

¿He de demostrar el sentimentalismo pueril que se revela con tales palabras? El que para remediar la situación confiera con la bondad de todos los hombres, escribiría, ciertamente, una utopía.

Ya he hablado de nuestra "asimilación". No digo que la desee. La personalidad de nuestro pueblo se destaca demasiado gloriosa en la historia y se halla, a pesar de todas las humillaciones, a demasiada altura como para hacer deseable su destrucción. Pero podríamos, quizás, ser totalmente absorbidos por los pueblos en cuyo seno vivimos, si se nos dejara en paz durante sólo dos generaciones. ¡No se nos dejará en paz! Después de breves períodos de tolerancia surge siempre de nuevo la hostilidad. Nuestro bienestar parece irritar al mundo que, desde hace siglos, está acostumbrado a considerarnos como los más despreciables entre los pobres. Y los hombres son demasiado ignorantes y demasiado mezquinos para ver que la prosperidad nos debilita como judíos y borra nuestros rasgos peculiares. Sólo la opresión hace que volvamos a adherirnos al viejo tronco, sólo el odio en torno nuestro nos convierte en extranjeros una vez más.

Por eso somos y seguimos siendo, querámoslo o no, un grupo histórico de evidente coherencia.

Somos un pueblo: los enemigos hacen que lo seamos, aun contra nuestra voluntad, como ha sucedido siempre en la historia. Acosados, nos erguimos juntos, y de pronto descubrimos nuestra fuerza. Sí, tenemos la fuerza para crear un Estado, y un Estado modelo. Tenemos todos los medios humanos y materiales necesarios para ello.

Sería éste el lugar para hablar del "material humano", que es el término, un tanto grosero, que se usa. Pero antes tienen que ser conocidas las líneas generales del plan al que todo se ha de referir.

EL PLAN

El plan es, en su forma original, extremadamente sencillo, y debe serlo si se pretende que lo comprendan todos. Se nos debe conceder la soberanía sobre una porción de la superficie de la tierra adecuada a nuestras necesidades y a nuestras justas ambiciones de pueblo: a todo lo demás ya proveeremos nosotros mismos.

La aparición de una nueva soberanía no es ridícula ni imposible. Hemos podido presenciar en nuestros días el otorgamiento de tales derechos a pueblos que son más pobres y menos cultos y, por consiguiente, más débiles que nosotros. Los gobiernos de los países afectados por el antisemitismo tienen sumo interés en ayudarnos a obtener la soberanía.

Para esta tarea, sencilla en principio, pero complicada en su realización, se crean dos grandes órganos: la Society of Jews y la Jewish Company.

Lo que la Society of Jews ha preparado científicamente lo pone en práctica la Jewish Company.

La Jewish Company se encarga de la liquidación de todas las fortunas de los judíos emigrantes y organiza la vida económica en el nuevo país.

Como ya se ha dicho, la emigración de los judíos no debe concebirse como repentina, sino que será un proceso gradual, que durará decenios. Primero irán los más pobres y roturarán la tierra. De acuerdo a un plan preestablecido, construirán caminos, puentes, ferrocarriles y una red tele-

gráfica, regularán los cursos de los ríos y establecerán ellos mismos sus hogares. Su labor creará, inevitablemente posibilidades de comercio; el comercio hará surgir mercados, y los mercados atraerán nuevos inmigrantes hacia el país. Todos llegarán por propia voluntad, por propia cuenta y riesgo. El trabajo que invertimos en la tierra hace subir el valor de la misma. Los judíos no tardarán en darse cuenta de que se ha abierto ante ellos un campo nuevo y duradero, donde pueden desplegar su espíritu emprendedor que hasta entonces había sido odiado y despreciado.

Ahora bien: si se quiere fundar hoy día una nación, no hay que hacerlo de la manera que hace mil años fuera la única posible. Sería una insensatez regresar a estados de cultura ya superados, cosa que querían algunos sionistas. Por ejemplo, si tuviéramos que exterminar a las fieras en determinado país, no lo haríamos de la manera de los europeos del siglo V. No atacaríamos aisladamente a los osos, armados de jabalinas y lanzas, sino que organizaríamos una grande y alegre cacería, dando batida a las bestias hasta tenerlas reunidas y entonces les arrojábamos una bomba de melinita.

Si queremos edificar no construiremos unas desoladas habitaciones lacustres, sino que edificaremos de la manera que se estilaba actualmente. Levantaremos construcciones más atrevidas y más confortables que las conocidas hasta ahora. Porque disponemos de medios que todavía no han existido en la historia.

Nuestras capas económicamente inferiores serán seguidas a aquella tierra por las inmediatas superiores. Los que se hallan más cerca de la desesperación irán primero. Sus conductores serán nuestros intelectuales medios, que son perseguidos en todas partes y que producimos en exceso.

Este escrito tiene por finalidad someter el problema de la migración de los judíos a una discusión general. Pero esto no quiere decir que habría de ser resuelto por medio de una votación. De proceder así, el asunto estaría perdido de antemano. El que no quiere adherirse a nuestro movimiento puede quedar donde está. La oposición individual nos es indiferente.

El que quiera marchar con nosotros, que jure nuestra bandera y luche por ella por medio de la palabra, hablada o escrita, y mediante la acción.

Los judíos que aceptan nuestra idea del Estado se agrupan en torno de la Society of Jews. Esta obtiene, de tal modo, la autoautoridad necesaria para hablar y negociar ante los gobiernos en nombre de los judíos. La Society será reconocida —para decirlo con una analogía tomada del derecho internacional— como autoridad capaz de constituir un Estado. Y al declarar esto, el Estado ya estaría constituido.

Entonces, si los gobiernos se muestran dispuestos a conceder al pueblo judío la soberanía de algún territorio neutral, la Society entablará discusión sobre el territorio que ha de ser tomado en posesión. Dos países tienen que ser tomados en cuenta: Palestina y la Argentina. En ambos países se han hecho notables tentativas de colonización, basadas en el principio equivocado de la infiltración paulatina de los judíos. La infiltración tiene que acabar siempre mal, pues llega inevitablemente el instante en que el gobierno, bajo la presión ejercida por la población que se siente amenazada, prohíbe la inmigración de judíos. Por consiguiente, la emigración sólo tiene sentido cuando su base es nuestra soberanía garantizada.

La Society of Jews entablará negociaciones con las actuales autoridades supremas del país, y bajo el protectorado de las potencias europeas si a éstas les parece plausible el asunto. Podemos proporcionar enormes beneficios al actual gobierno, cargando con una parte de las deudas públicas, construyendo vías de comunicación, que nosotros mismos precisamos, y muchas cosas más. Pero el sólo nacimiento del Estado judío resultará provechoso para los países vecinos, puesto que, en grande como en pequeño, la cultura de una región eleva el valor de las regiones que la rodean.

PALESTINA O LA ARGENTINA?

¿A cuál de las dos hay que dar preferencia? La Society tomará lo que se le dé y hacia lo cual se incline la opinión general del pueblo judío. La Society averiguará ambas cosas.

La Argentina es por naturaleza uno de los países más

ricos de la tierra, de inmensa superficie, población escasa y clima templado. La República Argentina tendría el mayor interés en cedernos una porción de tierra. La actual infiltración de los judíos ha provocado disgusto: habría que explicar a la Argentina la diferencia radical de la nueva emigración judía.

Palestina es nuestra inolvidable patria histórica. El sólo oír la nombrar es para nuestro pueblo un llamamiento poderosamente conmovedor. Si Su Majestad el Sultán nos diera Palestina, nos comprometeríamos a sanear las finanzas de Turquía. Para Europa formáramos allí parte integrante del baluarte contra el Asia: constituíamos la vanguardia de la cultura en su lucha contra la barbarie. Como Estado neutral mantendríamos relaciones con toda Europa que, a su vez tendría que garantizar nuestra existencia. En cuanto a los Santos Lugares de la cristiandad, se podría encontrar una forma de exterritorialidad, de acuerdo al derecho internacional. Montaríamos una guardia de honor alrededor de los Santos Lugares, respondiendo con nuestra existencia del cumplimiento de este deber. Tal guardia de honor sería el gran símbolo de la solución del problema judío, después de dieciocho siglos llenos de sufrimientos para nosotros.

NECESIDAD, ORGANISMO Y COMUNICACIONES

En el penúltimo capítulo decía yo: "La Jewish Company organiza en el nuevo país la vida económica".

Creo necesario intercalar algunas aclaraciones a este respecto. Un proyecto como el presente está amenazado en sus principios mismos cuando las gentes "prácticas" se declaran contrarias a él. Ahora bien; las gentes prácticas son las que hacen las cosas por mera práctica, por rutina, y son incapaces de salir de un estrecho círculo de nociones anticuadas. Pero su oposición es de impotencia y puede resultar muy perjudicial a lo nuevo, al menos mientras lo nuevo no sea bastante fuerte para desechar los caducos conceptos de las gentes prácticas.

Cuando en Europa se empezaron a construir los ferrocarriles, hubo gentes prácticas que calificaban de locura la construcción de ciertas líneas "porque en aquellas regiones ni siquiera la diligencia tenía bastantes pasajeros". Por aquel entonces no se conocía aún la verdad que hoy nos resulta de una sencillez infantil: que no son los viajeros los que hacen surgir el ferrocarril, sino que, por el contrario, es el ferrocarril el que hace surgir a los viajeros, presuponiéndose, claro está, la necesidad latente.

De la misma especie de objeciones de orden práctico que las formuladas contra la construcción de ferrocarriles, serán las de muchos que no pueden imaginarse cómo ha de organizarse la vida económica de los recién llegados al nuevo país, que aún está por conquistar y por cultivar. Tal hombre "práctico" diría lo siguiente:

"Admitimos que la situación actual de los judíos en muchas partes es insostenible y que se torna cada vez peor; admitimos que va surgiendo el deseo de emigrar; y llegamos a admitir que los judíos emigran, efectivamente, al nuevo país; ¿cómo y qué ganarán allí? ¿De qué vivirán? La vida económica, las comunicaciones, las relaciones entre tantos individuos no pueden establecerse artificialmente, de la noche a la mañana".

A esto respondo: No se trata en manera alguna de establecer relaciones artificiales, y mucho menos se trata de hacerlo de la noche a la mañana. Pero, aunque no se puedan establecer relaciones, se puede, sin embargo, iniciarlas. ¿Cómo? Mediante el órgano de una necesidad. La necesidad ha de ser reconocida; el órgano debe ser creado; y las relaciones se establecerán por sí mismas.

Si la necesidad de los judíos de mejorar su condición es verdadera y profundamente sentida; si el órgano que ha de ser creado para satisfacer esta necesidad, es decir, la Jewish Company, es suficientemente poderoso, habrá forzosamente en el nuevo país una vida económica activa y gran animación en las comunicaciones y relaciones de toda clase. Naturalmente que todo esto será en el futuro, lo mismo que el desarrollo del tráfico ferroviario se realizaría en el futuro para los hombres del año 1830. Con todo, los ferrocarriles fueron construidos. Afortunadamente, se hizo caso omiso de las objeciones de las gentes prácticas que defendían la diligencia.